

La Feria de Chillán

NADA HAY en el país que luzca un carácter más singular que la *Feria Sabatina de Chillán*, capital de la provincia de Ñuble. Es Chillán una de las ciudades más emprendedoras y pintorescas de Chile. Posee grandes y variadas industrias; los martillos no cesan jamás; no descansan las agujas ni las máquinas; tampoco el tremendo movimiento comercial. El núcleo de los trabajadores que se contratan en inmensos *enganches* para ir a las cosechas de los grandes productores de trigo de la Frontera está allí. Cargados con sus echonas, adornados de sus sonrisas y dejando caer palabras de distintas intenciones, se reúnen los grupos que esperan la partida. Visten trajes especiales que les permiten evitar las agresiones de los muñones heridos de las cañas del trigo, el ardiente sol y las arañas venenosas. Con *arrollados* de pieles se envuelven las piernas, para neutralizar las caricias de la cizaña; *mangones* también de cuero guardan las manos, que peligran en muchos casos. Protegen sus chupallas, del rosamiento con los espinales, de ribetes de cuero en los bordes y en la parte superior de las copas. En una *agencia* —saco de viaje— conducen los *monos*, es decir, la cama y algunos utensilios de uso doméstico. Parten en largos trenes, con ellos su alegría y sus esperanzas. En esa fecha Chillán hormiguea de trabajadores.

Entre las grandes industrias de que dispone la ciudad se cuentan dos grandes fábricas de sombreros. Una de ellas en el ángulo que forma la esquina de Maipú y Cinco de Abril, que es, precisamente, la esquina norponiente de la Plaza de la Merced, de la que se hablará en esta crónica. Fabrican sombreros para todas las fortunas y gustos, resaltando en la industria los sombreros de paja, llamados *chupallas*.

Doscientas obreras trabajan en la industria, sin ditirambo, preciosas en la época más bella de su juventud. Alegres, con alegría de pájaros y con pupilas que aún no piensan en lo por venir. A las doce, cuando alza la voz el *Burro de don Aquiles*, que

es un pito de la barraca de maderas del industrial francés don Aquiles Blu, que sueña roncamente, salen de la fábrica y se derraman hacia todos los rumbos, y es como si se derramara un jardín de quimeras. Vestidas con trajes amplios de percalas claras y floreadas, nansúes o franelas, chales sobre las espaldas armoniosas, invadidas por largas y finas trenzas; los vestidos adornados por numerosos volantes, zapatitos primorosos, agraciados los rostros, pequeñas y bien dibujadas las manos, vivaces las pupilas, roja y fina la boca pronta a la sonrisa, rítmicos los movimientos, arrastran todas las complacencias, las sonrisas y las galanterías. Verlas salir del taller es un espectáculo impagable. Son, seguramente, muy parecidas a las famosas e historiadadas ciudadanas de Sevilla; como ellas, tejedoras de romances, algunos sin raíces. Para ellas, la vida es una luz en marcha, una luz en que fulge enredada la esperanza. Derrochan vitalidad generosa; lo llenan todo con su presencia imponderable.

Son hermosas y distinguidas las damas de la sociedad, grandes apellidos ostentan; ellas lo saben y saben que, para manifestar su gracia y su belleza, deben asemejarse a las damas de que hablan las historias. Bien lo dicen los que por allí pasan y conocen su elegancia y su hermosura, su ritmo y majestad, que parecen reinas. Y los señores . . . , dueños de la tierra, de las industrias, de los altos cargos, soberbios, estampas de encomenderos, dueños de sus trabajadores, que hacen cuanto ellos desean, esparcen el dinero a manos llenas. El trabajo, allí, es una virtud que da mucho dinero para adquirir el derecho a rebañar pecados . . .

Dentro de esa tesitura se desarrolla la Feria Sabatina de Chillán, siendo, por consiguiente, la única en el país. En muchas ciudades la feria es un acontecimiento periódico, que se prepara con mucha anticipación. Sin duda, en las ferias dispuestas reposadamente debe de existir un orden matemático; la feria que ofrece Chillán ca-

da sábado es posible que resulte un tanto discordante y algo lejano a lo que se hubiera podido hacer con previa preparación; pero... y no se crea que en mí decir haya egoísmo regional, para el cronista, la feria en esta ciudad es algo que sale de la propia entraña de la provincia, antigua y palpitante como un acelerado corazón, y que, sea lo que fuere, resulta ingrato falsearlo modificando sus detalles.

* * *

La ciudad es el punto de reunión de la gente de la provincia entera, que acude tanto de la campiña como de los pueblos y aldeas. Todos llegan trayendo cada cual sus productos, sus costumbres y sus trajes que decoran y demuestran sus personalidades.

Ese día en que Chillán rebosa de gente, las tiendas de trapos lucen sus colores en los mejores muestrarios; igual cosa hacen los emporios de comestibles y los vendedores de cucherías; gala preciada resultan los locales adornados por los matices de las mercaderías, y música febril y altisonante el reclamo que escapa de todos los sitios proclamando los precios incomparables, *regalos* de los vendedores:

—Aquí, caserita, venga a ver este tocuyo que es igual a una *casineta*.

—Este tocuyo es como un *cuero*, que le durará hasta que se aburra...

—Mire esta rica percala cruda, mejor que un nansú. No se destiñe ni con ácido; pase a verla; engañese por su gusto.

—Este *diablo fuerte*, casero, es lo mejor para los trabajos del campo; no hay espina que lo desgarré. Es un lindo borlón, mejor que si fuera de lana. Pase a verlo, case-rito...

—Pase a ver esta franela... Tan linda que l'han de ver. Anoche soñé con usted, prima.

—No me diga prima, porque pariente no somos replica la chica.

Una voz enemiga dice:

—No le compre na a ese *sujo*; yo le compré de la misma franela y no me duró ná. El famoso *tocuyo* es pura goma. Con goma los entiesan.

—A mí no me compró, suegra; fué a otro que se murió en pecado mortal. Era mentirosazo; pase, refriegue el tocuyo. Le pago si le saca una *grisma* de goma...

Muchos pasan. Algunos se van a probar suerte en otro de los numerosos negocios que están *botando* la mercadería.

Pero es imposible no sucumbir ante la exigencia cariñosa y algo pícaro de los vendedores. Por fin las tiendas se llenan de clientes, en especial de campesinos que han vendido sus productos. Nada es tan pintoresco como los escarceos que surgen de la oferta y la demanda. Son bonitas las muchachas de la región; por lógica, los vendedores se distraen diciéndoles chicleos. Rebotan las palabras, cabrillean las sonrisas. Aquello parece una batalla galante, que a veces suele interrumpir la seriedad de alguna presunta suegra, o la protesta del chicuelo que ha recibido prendas de amor de alguna de las niñas galanteadas y sonreidoras. Pero hasta los celos resbalan dentro del abigarramiento de las expresiones, que son brillantes y fugaces como fuegos de artificio. En la Plaza de la Merced se reúnen todos los pequeños productores y también los grandes. En el costado que queda al lado sur, en la calle de Talcahuano, se colocan las minúsculas carretitas montañesas; en la parte del oriente, los muebles y otras artesanías; pero es frente al Mercado, que domina la parte norte, donde se acumula el mayor movimiento, porque allí se concentra el mayor interés. En las diagonales de la plaza, que no tiene árboles, se sitúan las vendedoras al *menudeo* o al detalle. Son alegres, oportunas, chispeantes. Pescan —como se dice— las frases al vuelo; ríen sonora y regocijadamente, como si en todas sus fibras hubiera natalidad de alegría; contestan galantería con galantería; cantan, corren y ofrecen sus mercaderías. Todo está en sacos o montones: papas, porotos, arvejas, frutas, verduras. Frente al Mercado se sitúan los tendales de *causeos*, las flores y otras mil cosas.

En suma, en la Plaza de la Merced, que toma ese nombre de un templo monumental que está en la calle de O'Higgins, al oriente, se reúnen todos los productos de la región; la plaza se cubre del polvo de la totalidad de los caminos de la zona y contiene la suma de los anhelos de los concurrentes.

En *carretitas chanchas* —que, como está dicho, se sitúan al costado sur— llegan el carbón, las papas y la leña. Las carretas semejan juguetes muy simpáticos; también muestran estructuras de juguetes los bucecitos de la montaña. Y deben de ser así, pues de otra manera no podrían andar por los senderos quebrados y estrechos de la selva vibrante, y si no formaran una ecuación de pequeñez, no podrían contenerse

en el espacio que se les designa en la plaza.

Esos trabajadores en la montaña nacen; en ella viven. Los carboneros, tiznados en forma inverosímil, entran en la ciudad en las primeras horas de la mañana. Venden su carbón a granel, por fanegas. Para acarrear el carbón, acondicionan sus carretitas con grandes cueros de bueyes. Ellos marchan delante de su carretita, manejando la yunta con su *picana* de coligüe. Y siempre, en todo, la nota gloriosa: sobre el carbón negro la linda serrana, blanca, rosada como una manzana. Se dice que cuando la gente les habla para comprarles, al atravesar las calles les dice:

—¿A cómo el carbón, casero?

A tanto.

— ¿No le baja?

Como él no está dispuesto a alterar su precio, no contesta al posible cliente, sino que se dirige a la mujer que viene como en un trono sobre la negra mercadería, y le ordena:

—Pícale, Juana.

Al pronunciar estas dos palabras se refiere a que ella picar o aguijar al buey lento y mansurrón.

Y el carbonero viene tan negro; sólo se le ven blanquear los dientes y los ojos; y como su voz se boceta ronca, se justifica la copla que dice:

*Carbonero es el que canta:
con el polvo del carbón
se le secó la garganta.*

* * *

Chillán Viejo, la ciudad vergel, manda muy temprano sus carretas cargadas de hortalizas y frutas de dulces y matizada pulpa. Desde las haciendas entran la *chuchoca* dorada que da calidad a la comida criolla y, como se ha dicho, toda clase de cereales. Todos los jardines de la ciudad y alrededores vacían en la feria su perfumada y fina policromía. Se reúnen de ese modo, en la plaza, el aliento urbano con el de la selva.

Y es tan grande el movimiento, que a las siete de la mañana no cabe nada más. Y hay tanto ruido y tanto ir y venir, que la visión se colma de arabescos enloquecidos.

—¡A la papa terrona, la papa doma, la papa pegüencha, la papa zambrana, la papa amarilla, la papa canela...; la mejor papa de Chile la tengo por aquí! ¡Muy barata la buena papa, señorita!

—¡Caserito, no pase hambre; el mejor causeo de la plaza le tengo por aquí! ¡Pase a verme, se va a chupar los bigotes! ¡Con *pebre* rico le tengo el rico causeo de patas! ¡Arrollado le tengo!

—¡Los huevos de gallina soltera le tengo por aquí! Caserita, grandes los huevos, parecen de pava. ¡Venirse a comprar los ricos huevos, caserita!...

—¡La tortilla de rescoldo de harina flor! ¡Con manteca, las tortillas! ¡Las tortillas con chicharrones, caserito; pase a llevar las tortillas!

—¡Güén *pebre*, con harto cilantro y harto ají *cacho 'e cabra* le tengo por aquí! ¡Pasar a llevar tortillas!

—No hay flores más lindas que las que le tengo, señorita... Los pensamientos dobles, las rosas fragrantosas, las dalias, los claveles dobles... ¡Pasar a llevar las flores! ¡Fresquitas las flores, con rocío las flores!

—Joven, llévele un lindo bordao a su novia. Es un regalo que le gustará mucho a su novia... Finos y firmes los bordaos. ¡Pasar a verlos!

—¡Los *miñequitos* tejíos con hilo *caena*, señorita! Lindos rucos de *nagua*, paños pa las mesas... Chales al bastior, de lana andaluza los chales...

—Juguetes pa la guagüita, monos de goma más dulces que *Vazúcara*... ¡Pase, señorita, muñequitas de lana, tamborcitos, sables le tengo pa'l niño, polcas de virio pa'l niño, bolita pa que la niña juegue a la *payaya*, le tengo por aquí! ¡Venir a ver los juguetes, caserita!

Y gritan los vendedores de papas, de porotos, de verduras; en fin, gritan todos. Todos a un tiempo ofrecen sus mercaderías a la gente que se apretuja y pugna por moverse en local rebosante de vidas humanas, vibrantes de ritmos y de color.

Se desparraman de los cestos las doradas mazorcas de la *chuchoca*, armonizan los verdes de las hortalizas tiernas y apetitosas; las corolas de las flores y la calidad de las frutas que se alinean a montones a lo largo de las avenidas de la plaza. Los objetos manufacturados esperan a los clientes y los llaman. Los estriberos, los talabarteros, los trenzadores de lazos, las chamanteras, virtuosas del telar, muestran sus obras de arte, cuyos colores y dibujos saben armonizar con un sentido de brujería. Cubren gran parte de la plaza los vendedores de calzado de alto y casi cónicos tacos o tacones, de suelas crujidoras, cosidos con hilo o con *palitos* (estaquillas). Son de infinitas

formas y muchas calidades y colores. Más allá las vendedoras de zuecos pa'l barro. Y luego las alfareras con sus lindos objetos de las más caprichosas formas: botellas antropomorfas, chanchitos-alcancías, ollitas *quipaos*, callanas, platos rojos o negros muy bien bruñidos. Y la loza de Quinchamalí, la más hermosa que se produce en Chile. Es el mejor arte aplicado que produce el pueblo: son animale. de todas las estructuras, matecitos, cantaritos, en fin, una variedad magnífica.

Grandes catres de laurel, que los mueblistas populares denominan marquesas, se exponen al lado oriente. Son catres tallados a cuchillo, barnizados de rojo o café. Las entalladuras sobrecargadas de dorado. Consisten en dibujos incisos que revelan la competencia y el gusto artístico de las obreras chillanejas, que son quienes las crean y las realizan.

Venden toda clase de muebles; entre ellos, alcancías en forma de zapatitos de mujer, zapatitos dorados y brillantes, que dan la sensación de haber sido perdidos por princesas de cuento. . .

El olor de la comida se esparce por la plaza, incitando al público que acude a devorar, al aire libre, la suculenta cazuela de gallina —la flor de la culinaria nacional—, condimentada con toda clase de *olores* y la *chuchoca* familiar.

Todos, desde el potentado al humilde, encuentran en la feria algo de acuerdo con sus medios y gustos. Y aún los que nada tienen —vagabundos y expósitos— pueden recoger algo para nutrir sus debilitados estómagos.

Frente a la plaza, en el lado norte —ya lo he dicho—, está el Mercado, donde también hay puestos, que son permanentes: de zapatos, comidas, carnicerías, verduras y las famosas longanizas de Chillán. En las puertas se estacionan las vendedoras de plantas, las que ofrecen ropa de mujer, frazadas de lana de muy buena calidad y cubrecamas bordados. También reclaman con pintorescos gritos; pero la nota picaresca la dan los mueblistas. Se presenta, pongamos por caso, una pareja con cara de novios. El mueblista les dice:

—Este catrecito es muy firme: es el que les conviene. . .

La nota patética la esparcen, sobre el conjunto, los ciegos cantores y los horganiillos, receptáculos de viejos valsos. Cuidan del orden los *pacos* —hombres de policía— con sus trajes muy ajustados y sus esclavi-

nas cortas, quepis a la francesa y yatagán esmirriado; deben de estar allí, pues las mujeres, muy vehementes, suelen irse a las *mechas* con gran violencia, en plena feria.

Algo que llamará la atención a los que visiten Chillán será la belleza innata de las muchachas, cuya carnación es de un blanco dorado muy fino y atrayente. Parecen frutas privilegiadas, que sólo en esa tierra pueden producirse. Y luego son tan sencillas, dan la idea de no darse cuenta de su valor emocional. Sonríen luminosamente y hablan cantando las frases: sus palabras parecen fragmentos de antiguas baladas.

Hay que imaginarse lo que debe ser la feria cuando está completamente cubierta. Vendedores y compradores se entienden a gritos. Es un ruido que afluye de todas las zonas, se confunde y esparce; un ruido que alcanza todo el carácter de una sinfonía rural, grandiosa, inexpresada. Cantan los ciegos, acompañados de sus guitarras o acordeones; se alza la voz gangosa de los organillos; acaricia la voz de las mujeres; dominan los gritos de la muchedumbre. Los gritos se producen al mismo tiempo, el ruido es una planta trepadora que sube y se enrosca en la vida de los espectadores y actores de esta farsa magnífica.

Y el color. . . El color resulta inconcebible. Está distante del más tremendo abigarramiento. Es un color crudo, variable hasta la exageración lanzada por lo inaudito, movable, fragmentario. De repente da la idea de un arco iris roto, caído sobre la feria, o de un fragmento del espectro solar, captado en un instante glorioso, o tal vez el delirio de un loco genial del color, realizado sobre una paleta monstruosa. El color es también algo que grita, torbellinea, absorbe la luz y ensombrece las pupilas fascinadas.

* * *

En la Plaza de la Merced domina la feria de productos manufacturados y de la tierra; pero el tráfico no se detiene allí. Esa ciudad única, encantada, que en Chile no tiene igual, entrega a sus avenidas Carlos Collín y Oriente otra feria de tanto valor como la expresada: es la Feria Libre de animales de los más variados géneros.

Son muchas cuadras de longitud y muchos metros de anchura los que cubren los animales de esta Feria Libre. Fascina el movimiento de las reses y de los actuantes que las rodean. Los animales visten una

policromía derivada de la pintura de sus pieles brillantes de sol; aturden los mugidos ronc y nostálgicos. Algunos bueyes parecen envueltos en mantos de nubes... Se puede admirar la elegancia y destreza de los huasos que, cabalgando muy buenos caballos, conducen los piños a la feria, que funciona también los sábados, al mismo tiempo que la de la Plaza de la Merced. También los peones del Matadero llevan a ese establecimientos los animales adquiridos por sus patrones. Por la Avenida Schleyer —como por un cauce— van las reses hacia el Matadero. Y como si presintieran sus terribles destinos, tratan de huir y estremecen el ambiente con el trémolo de sus mugidos tristes...

En la feria de animales se exhiben, además de los vacunos, caballares y bovinos, los perros, los gatos, las gallinas y cuanto animalito haya tenido la desgracia de caer bajo el dominio de esos terribles comerciantes...

Novios del pueblo encuentran en Chillán facilidades para empezar su ministerio humano. El sábado anterior a sus bodas van a la feria de la Plaza de la Merced y compran cuanto necesitan en muebles y otros menesteres indispensables, y van a

la feria de animales y adquieren los animales familiares: perros, gatos, gallinas...

Poco después de mediodía —hora en que terminan las transacciones— abren sus puertas las casas donde la gente se divierte, que las hay en esa ciudad como en ninguna.

En ellas se bebe, se baila, se canta y se ama... La vida corre despeñándose, sin preocupaciones, bajo la glosa apasionada de una copla o el embrujamiento de unos ojos aterciopelados y acariciantes.

El trabajo se funde totalmente con el placer. La ciudad vive dentro de una zona vinera, tiene tradición definitivamente heroica, hermoso sol, juventud potente y bellas mujeres...

Chillán es una ciudad que llora muy poco; hasta las tragedias tienen en ella perfumes de grandeza. No la han arredrado sus trágicos terremotos, que han sido varios. Muy agitada, avanza con tal vertiginosidad, que a nadie le alcanza el tiempo para preocuparse de sus dolores, que solamente son en muchos casos consecuencias del placer...

Y mientras Chillán tenga su feria, y Andacollo su fiesta de la Virgen del Rosario, Chile tendrá algo pintoresco que le pertenecerá por entero.